La iguana

Antonio Villarroel

Capítulo 1

La iguana: A:V
Salgo a la calle y los niños me azuzan como a un perro. Es que huelen el miedo, saben quién va atormentado y quién no, y así hostigan al enfermo mental. Sus cabezonas figuras se codean antes de la denuncia lúdica. Son como la representación moral de una fábula, en algo habrás cometido error para caer en las exhortaciones de aparentes enanos que silban, ridícula penitencia que paga por el rechazo. La soledad es un problema incurable, y que parece recalcado en el vulnerable aspecto de quien huye y no deja de contrastar al paso, como un pájaro negro y rapaz. Hablo de mí mismo, pues como ya dije estoy solo y no hay nadie más. Ser vulnerable se consigue yendo y viniendo solo, en otras palabras es ser igual a una iguana.
Hostigan, a piedra suelta y ligera, hasta conseguir el inquieto cuerpo, sórdidamente caído, mohínos abren su estómago, sacan sus tripas, le meten un palo por el culo, algún placer hallará en esto el inocente. En todo caso la iguana es víctima de las circunstancias, de una en un millón fue electa, chivo expiatorio de los pecados, así por vivir en un pueblo pequeño, el ensimismado canta, grita por su silencio de iguana y sus colores llamativos, y quizás sus huevos. Sería difícil para el niño, el grupo de niños en su confusión asesina de convenciones, ya sin cuchillos, ya sin deseadas tripas, eyacular a travez del ídolo de la sorna.